

LA GUERRA DE LOS MIL DÍAS
EN TRES RELATOS DE EFE GÓMEZ*
THOUSAND DAYS' WAR ON THREE TALES OF EFE GÓMEZ

LUIS FERNANDO QUIROZ JIMÉNEZ
lfernando.quiroz@udea.edu.co
UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

RECIBIDO (15.08.2016) – APROBADO (21.10.2016)
DOI: 10.17533/UDEA.ELC.N40A08

Resumen: Este trabajo analiza las representaciones de la Guerra de los Mil Días en tres relatos de Efe Gómez: “Un padre de la Patria”, “18 de Octubre” y “Peralonso”. Son revisados en su relación directa con el contexto histórico de tal guerra, de modo que el análisis se apoya en obras historiográficas. Son encontradas una postura crítica frente a la historia bipartidista colombiana, y una caracterización de la guerra como perdición y estancamiento de la patria; también un modelo ético para la nación. Estos elementos muestran no solo una unidad temática, sino también conceptual entre ellos.

Palabras clave: Efe Gómez, Guerra de los Mil Días, Rafael Uribe Uribe, realismo literario, historia colombiana.

Abstract: This paper analyses the representations of the Thousand Days' War from three tales by Efe Gómez: “Un padre de la Patria”, “18 de Octubre” and “Peralonso”. The tales are analyzed in their direct relation with the historic context, employing historiographical works. A critical posture of the bipartisan Colombian history is found alongside with the idea of war as a downfall and deadlock of the nation, and also an ethical way of thinking about the Colombian nation. Those elements show not only a thematic, but also a conceptual unity among them.

Keywords: Efe Gómez, Thousand Days' War, Rafael Uribe Uribe, literary realism, Colombian history

* Artículo derivado de investigación de la línea Pensamiento político, social y filosófico latinoamericano del Grupo de Estudios de Literatura y Cultura Intelectual Latinoamericana —GELCIL—, adscrito a la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia.

Cómo citar este artículo: Quiroz Jiménez, L. F. (2017). La Guerra de los Mil Días en tres relatos de Efe Gómez. *Estudios de literatura colombiana* 40, pp. 127-140. DOI: 10.17533/udea.elc.n40a08

La representación de la guerra

Durante la Guerra de los Mil Días (1899-1902) los actores del conflicto cambiaron de bando en varios momentos a causa de alianzas y distintos intereses en el poder. Fue una guerra prolongada, cruenta e inútil que aumentó el número de muertes a la vez que recrudeció las consecuencias políticas y socioeconómicas en la nación, y cuyos antecedentes directos se pueden hallar en las políticas de gobierno de la Regeneración, impulsadas por Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro a partir de la Constitución de 1886. A pesar de que la guerra no logró modificar satisfactoriamente el escenario político bipartidista y de exclusión liberal, la literatura de la época sí cuestionó las dinámicas de la guerra. Un ejemplo lo constituye la obra de Efe Gómez (1867-1938)¹, cuya calidad y pertinencia constituye un referente digno de ser estudiado. No es gratuito que el autor haya ambientado los tres textos elegidos —publicados en el volumen póstumo *Almas rudas* (1943)²— en la Guerra de los Mil Días. El propósito de este artículo es entonces mostrar la presencia de la guerra en los textos mencionados, y cómo son valorados sus actores, para lo cual también revisaremos dos pasajes clave del cuento “En las minas”, aparecido en esta misma antología, y en el que se extiende, como en otros más, el fantasma de la guerra y sus horrores, si bien no se encuentra ambientado en la Guerra de los Mil Días. Establecemos, de otro lado, una distinción entre las obras y el autor, ya que no pretendemos identificarlo unívocamente con la voz del narrador o de algún personaje.

“En las minas” fue publicado originalmente en agosto de 1897 (Naranjo, 2011, p. 159) en el folleto *Impresiones*. Este temprano testimonio de la guerra —expresado en el relato del protagonista sobre la vida de su padre tras el reclutamiento forzado al que fue sometido—, explicita la madurez de las ideas realistas del joven Efe Gómez frente a la literatura en relación con el contexto social del país. Sostiene Estefan Upegui (1992) que “Efe Gómez fue espectador de esa época difícil para el país causada por las guerras civiles

¹ De acuerdo con una partida de bautismo, hoy quemada, el año de nacimiento sería 1867; para sus coetáneos Efe Gómez nació el 9 de mayo de 1873 (Gómez, 1997, p. 215). Naranjo (2006) propone el 25 de mayo de 1869 (p. 105), si bien posteriormente se decide por la primera fecha (2011, p.157). Al igual que Upegui (1992, pp. 11-27), también nos inclinamos por esta.

² *Almas rudas* es el primer tomo de tres que conforman el intento de publicar sus obras completas, por decreto de Eduardo Santos (Naranjo, 2011, 166). El segundo y tercer tomo son *Retorno* (1944) y *Guayabo negro* (1945), todos a cargo de Balmore Álvarez.

del siglo XIX y en especial con la guerra de los Mil Días” (p. 15), razón por la que en su obra priman los oprimidos y los derrotados, esto es, “los indios, los negros, los proletarios, víctimas de los mentirosos, los venales, los triunfantes” (Gómez, 1991, p. 19). Este es el caldo de cultivo de donde germinarán los escritos ambientados directamente en la fatídica guerra.

El cuento “18 de Octubre”, publicado por primera vez en *Almas rudas*, hizo parte del guion que Efe Gómez escribió para la película *Rafael Uribe Uribe o el fin de las guerras civiles en Colombia* (1928)³, desaparecido largometraje en homenaje al general tras su asesinato el 15 de octubre de 1915. El cuento consta de seis escenas distintas. La primera presenta el paisaje colombiano; la segunda el jugueteo de un peón y el recato de su prometida; la tercera a unas jóvenes conmovidas por la lectura de *María*, a la vez que anuncia la guerra por medio de un comentario del narrador; la cuarta, el estallido de la guerra y el robo a un grupo de arrieros; la quinta, el hurto y degollamiento del marrano de una anciana, y la sexta el reclutamiento forzoso del peón de la segunda escena, quien acompaña a treinta compañeros ya reclutados. “Peralonso”, suerte de breve pieza teatral cuya fecha de escritura se desconoce, también publicada por primera vez en *Almas rudas*, detalla los momentos previos y la victoria en la batalla de Peralonso a través de la figura de Rafael Uribe Uribe. “Un padre de la Patria”, dedicado al general Rafael Uribe Uribe, relata la historia del capitán Lezama, quien es herido en combate mientras dirigía una escuadrilla del ejército estatal. Cuenta luego su recuperación, enamoramiento y, una vez ascendido a general, su lucha para dirigir el ejército, pese a su interés por permanecer en casa con su prometida y a los conspiradores que ponen en contra suya al gobierno y a su arribista suegro, el nuevo Jefe Civil y Militar de la región. Este cuento fue publicado originalmente en 1907 en la revista *Alpha* de Medellín, aunque aparece firmado en 1904, dos años después de la capitulación oficial de la guerra. Partiendo entonces del escrito más temprano del que se tiene noticia, podemos hablar de una mínima distancia histórica entre la guerra y la redacción. Los tres se ubican en momentos distintos del mismo acontecimiento.

El conservatismo y el liberalismo se dividieron ante las políticas de la Regeneración, entre las que se cuentan el cambio a un régimen centralista y autoritario, el remplazo del metálico por el papel moneda de curso forzoso, la

³ La primera publicación no advierte la relación del relato con el guion de la película, por lo que las ediciones posteriores lo presentan como cuento (Naranjo, 2011, p. 27), género en el efectivamente se inscribe.

centralización del monopolio estatal del licor y del tabaco (Jaramillo, 1989, p. 66), la política inflacionaria y los impuestos que afectaron la producción del café (Henderson, 2006, p. 55). El antagonismo entre la facción nacionalista e histórica del conservatismo fue resumido por dos destacados históricos, el santandereano Martínez Silva y el antioqueño Marceliano Vélez: “Un histórico es un nacionalista sin sueldo; un nacionalista es un histórico con sueldo” (Citado en Jaramillo, 1989, p. 67). Esta confrontación intrapartidista contribuyó a que los liberales se acercaran a los conservadores históricos y formaran una nueva alianza. Simultáneamente, incluso antes de que los generales conservadores llegaran triunfantes a la capital tras aplastar a los liberales en la improvisada guerra de 1895, estos acordaron acudir a una nueva y mejor planeada conflagración civil, aunque las posteriores disputas internas sobre quiénes fueron los culpables del fracaso de 1895 provocaron una marcada ruptura entre liberales pacifistas o civilistas y liberales belicistas. “18 de Octubre” lleva por nombre el día en que estalla de 1899, y se limita al transcurso del mismo día. Dos meses después, el 16 de diciembre tiene lugar la Batalla de Peralonso —motivo del cuento homónimo—, garantizando que el ejército liberal siguiera en pie. En 1900, la alianza entre conservadores históricos y liberales fue disuelta, pues los históricos se aliaron con el presidente golpista José Manuel Marroquín y con el inflexible partido nacionalista, manteniendo la guerra contra los liberales. Así pues, las dinámicas de la guerra constituyeron una madeja de facciones, divisiones y alianzas entre los dos partidos políticos tradicionales, la cual respondía más a intereses económicos específicos que a menos a factores estrictamente ideológicos. Ante las victorias del ejército conservador y sin la posibilidad de terminar la guerra por medio de las armas, Uribe Uribe inicia con los generales conservadores las conversaciones que se traducen en el tratado de Neerlandia, firmado el 25 de octubre de 1902, el cual finaliza la cruenta e infructífera guerra (Jaramillo 1989b, p. 108). Entre las últimas victorias conservadoras se encuentra la dirigida por el general Lezama en “Un padre de la Patria”.

La guerra: una unidad temática y conceptual

“18 de Octubre” nos presenta la patria en vísperas de la conflagración civil. El cuento se enmarca en la transición de ese mismo día, en una romántica y breve descripción de idílicos y luminosos paisajes que pretende dar cuenta de toda la extensión del territorio colombiano. Posteriormente, la caída de la noche sorprende al narrador con los disparos y el revuelo del país. En con-

traste con la belleza inefable de una Colombia en paz, las descripciones de los sucesos en pleno estallido bélico arman el escenario en el cual son insertadas todas las consideraciones frente a la guerra y sus actores. Dice el narrador:

Los últimos hombres de los grandes partidos idealistas del pasado se aprestan a librar la última batalla. Quieren esos magnánimos que en el largo período de progreso en que —se presiente ya— va a entrar Colombia, sean los ideales por los que cada uno de ellos ha luchado durante un siglo los que imperen (Gómez, 1943, p. 105).

Resulta evidente la amarga ironía que anuncia el progreso de un nuevo siglo bajo las pretensiones partidistas que justo obstaculizaron el progreso del siglo que ya fenecía. Lo reiteran las palabras del narrador en “Un padre de la Patria”:

Asida por el asta, barriendo el suelo con sus pliegues, arrastraba un oficial una bandera rota. ¡La bandera de la Patria humillada ante la bandera de la Patria! ¡El hermano que revuelca en el fango la honra y los timbres del hermano para honrar así a su madre! ¡Nuestra historia entera! (p. 80).

Cruenta y dolorosa, la Guerra de los Mil Días desfila entonces como el clímax de las guerras partidistas del primer siglo de la República. La ironía del narrador acerca de las supuestas luchas por ideales políticos se explicita en el diálogo sostenido por las mulas Pavo y Pisca en “18 de Octubre”:

—¿Y para qué hacen las guerras, Pavo?

—Pues... te diré. Las guerras las hacen con muy diversos fines. Tú no entenderías eso. Es muy complicado. Pero, en tesis general, puede decirse que las guerras las hacen para robar. Los hombres maduros roban sobre todo dinero y ganado y otras varias cosas. Los hombres mozos, a más de todo eso, roban mozas! (p. 107)⁴.

Con tal tradición bélica y en pleno levantamiento en armas, el “anciano que en nombre de uno de esos partidos augustos rige los destinos de la Patria” recibe telegramas en los que se le notifica el estado de las diferentes regiones del país. Y “como el médico que vela a la cabecera de un moribundo palpa que una vida se va escapando, se va retirando, y que otra vida arcana se aproxima” (p. 106). Tenemos, en suma, los primeros juicios sobre la guerra: es la muerte de la patria a causa de una lucha fratricida excusada en el progreso, las mismas que justo impidieron que el país entrara en el anhelado progreso.

⁴ La mula Pisca constituye otro antecedente para la reflexión de Efe sobre la guerra. Aparece por primera vez en el libro *Piscologías* (1903), en el que incluye un análisis de la sociedad colombiana tras la Guerra de los Mil Días, en respuesta a *El moro* (1897) del golpista Marroquín (Naranjo, 2011, pp. 21-22).

El cuento mismo da cuenta de esta crítica a través de la anciana incapaz de sacar cuentas apropiadamente: toda una vida en la República, sucediéndose los gobiernos, no bastaron para lograr su educación. En consecuencia, aunque el “anciano” a cargo del país aluda claramente, entre otras referencias históricas, al octogenario presidente Manuel Antonio Sanclemente, ninguno de los tres cuentos de Efe Gómez se molesta en presentar la madeja de los partidos y facciones beligerantes, sino que presentan directamente la estatalidad y el ejército insurgente, las “guerrillas” (p. 105). La guerra es, pues, la muerte de la patria, desmembrada como un cadáver: “a cada instante una región, un pueblo se le escapan” al presidente (p. 105). Relata el narrador de “Un padre de la Patria”:

¡La derrota! ¡El caos! La desaparición de ese algo en que todos confiaban y todos formaban reunidos: el alma de la multitud organizada. El individuo solo, desligado, desamparado ante lo aplastante, ante lo desconocido. El pánico reflejándose en cada conciencia individual, agrandándose hasta el delirio, hasta el automatismo, hasta la brutalidad (p. 79).

La tradición guerrerrista y partidista del país, en tal sentido, no es sólo la desintegración de la patria, sino también la negación de la consolidación de una relación Estado-nación. Aún más, la guerra es la perdición de la nación: “[las adolescentes] llorarán mañana las lágrimas canallas de la vida, cuando sepan que sus hermanos y sus novios se han ido a la guerra, de grado los unos, los otros por la fuerza” (pp. 103-104). La sentencia del narrador de “18 de Octubre” encuentra su materialización en la escena final, donde desfilan ante el lector una treintena de peones reclutados por la fuerza: “A poco llegan los que bajaron ayer tarde cantando [...], atados por las muñecas. Vienen reclutados, cazados como malhechores, destinados a la matanza, ellos, los buenos, los que edifican fibra a fibra el organismo de la Patria” (pp. 109-110).

El caso no es único: en el cuento “En las minas”, un minero nos presenta la historia de su padre, un campesino que, reclutado por medio de embustes jurídicos, es separado de su familia y su servicio prolongado cerca de un año. “Nosotros [la esposa y el hijo] pasamos muchas hambres entre tanto, porque todo se puso muy caro y mi madre no alcanzaba para los dos; cuando volvió de la campaña, ya vino muy cambiado: jugaba y se emborrachaba” (p. 144). El antiguo recluta, borracho, golpeaba a su familia, hasta que en una ocasión asesinó a otro hombre, por lo que fue encarcelado. Allí le dice a su hijo:

El gobierno es una persona muy mala que nos coge a los pobres y nos lleva a la guerra a pelear sin rabia y sin motivo y a corrompernos; y después, cuando peleamos con razón por asuntos nuestros o enloquecidos con el aguardiente que él mismo nos vende, nos trae al presidio y nos carga de cadenas (p. 145).

Los cientos denuncian cómo peones, campesinos y artesanos, fundamento de la patria, son todos irremediabilmente enrolados desde jóvenes por las permanentes guerras. Mueren en ellas o las sobreviven corrompidos, consumidos en un ambiente de desolación y decadencia que altera el modelo familiar. Este es el caso de la mencionada anciana de “18 de Octubre”: su esperanza para sobrevivir recae únicamente en la venta de un marrano cuya venta, espera, le permitirán comprar algunos lujos y aún guardar, “a plan de baúl p’a ir sacando y irme cuidando” (p. 108). También vemos cómo sobreviven a las guerras quienes sin perjuicio personal las dirigen. El macho Pavo le dice a la muleta Pisca: “para nosotras, las bestias de silla, el peligro es muy remoto. Los oficiales que son los que nos montan se quieren demasiado y una naturalmente se aprovecha de ese amor que ellos se tienen” (p. 107). Solo ellos sobreviven indemnes. Son “la oficialidad antigua del ejército” (p. 62), los viejos veteranos que nos presenta “Un padre de la Patria”.

Los actores de la guerra

Como hemos visto, en las narraciones no son representados los partidos políticos de la Guerra de los Mil Días, sino, de modo simplificado, la estatalidad y la insurgencia. Por ello, los recursos para valorarlos son sutiles y, en ocasiones, ambiguos: en “18 de Octubre”, una vez iniciada la guerra, “salen cautelosos de sus escondites, pálidos, harapientos, la barba enmarañada en las caras pálidas, los criminales *fugitivos*. Saltan a la vía. Las narices dilatadas. Otean el horizonte! El mundo es suyo!” (p. 106. La cursiva es añadida). Descripción que puede referirse tanto a delincuentes y asesinos prófugos de la justicia, como a aquellos insurgentes liberales aplastados en la última guerra civil o incluso a liberales fugitivos perseguidos por la Regeneración. En este sentido, son criminales en la medida en que son perseguidos por el Estado, interpretación que encuentra confirmación al revisar el párrafo siguiente del cuento: “Pasean inquisidores los criminales *natos*, que vivían ignorándose a sí mismos, y en sus bocas hay olor, sabor a sangre. Serán los héroes de la revuelta” (p. 106. La cursiva es añadida). Los criminales fugitivos se opone a los criminales natos y esto elimina la posibilidad de que los primeros sean delincuentes o asesinos. El narrador, omnisciente, cuenta la guerra en la

perspectiva de quien sabe lo que sucederá, estableciendo una distinción importante entre criminales natos y fugitivos. Revisemos más a fondo la cuestión.

En el cuento “18 de Octubre”, se refiere indistintamente la presencia de “soldados” y “oficiales” del Estado o la insurgencia, los dos actores de la guerra, (pp. 107-109). La única distinción entre ambos consiste en que los insurgentes son identificados en dos ocasiones, tanto por el Estado como por el narrador, como guerrilla. En la aparición explícitamente referida de la guerrilla, el narrador cuenta que mientras los arrieros son escoltados, los “oficiales” de la insurgencia ordenan el pillaje. En la siguiente escena, la de la anciana iletrada, solo se indica que “entran al prado por la cancilla que ha quedado abierta, una fila de soldados” (p. 108), sin precisar la facción a la que pertenecen, aunque sí se distingue un personaje de rango específico: el “Sargento Villa”, quien degüella el único marrano de la anciana. La distinción parece recaer en que la entrada en escena de la guerrilla es denunciada directamente por el Estado (pp. 105-106). En este caso el ejército estatal ejecuta el degüello. Así, ambos bandos son expuestos mientras roban alimentos. En la siguiente y última escena los actores en conflicto tampoco son identificados: “Un pelotón de hombres armados desciende por la colina” (p. 109), para reclutar por la fuerza a un peón que se escondía, el cual pronto acompaña a su treintena de compañeros, también reclutados. Por el tratamiento aún más genérico, la acción resulta atribuible a ambos grupos marciales, de modo que el narrador, indistintamente, expone sus bajezas: los dos necesitan comer, los dos necesitan reclutas —carne de cañón—. Se refuerza la imagen de la guerra como peste que devora el pueblo, a los peones y campesinos, la fibra que sostiene la patria, y en la que ambos actores son responsables. Por otro lado, la distinción entre criminales fugitivos y criminales natos no es clara, tampoco su pertenencia al estado o a la insurgencia.

El cuento “Un padre de la Patria” nos presenta el caso del capitán Pascual Lezama, notable por su sentido del deber, su sentido ético y su valor como estratega. Estefan Upegui (1991) lo señala como ejemplo de la corrupción del poder en los hombres, debido al trato agresivo de una escuadrilla: “Lezama es quien posee el poder. Se pasea orgulloso por su ejército. Y más tarde cae ante el enemigo, el extraño que aparece de pronto y doblega al poderoso” (p. 100). Hasta este punto la lectura es acertada. Durante la recuperación de la herida, Lezama evoluciona psicológicamente, dignificándose y convirtiéndose en un modelo, gracias al enamoramiento. Luego, por motivo de sus anteriores méritos como militar y estratega, es ascendido a general, a despecho de la

oficialidad antigua del ejército. El ascenso se da de la mano de su suegro, recientemente nombrado Jefe Civil y Militar del departamento. Uno de los veteranos, Remigio, se acerca a este con la intención de conspirar en contra de Lezama. Ante el reproche del jefe, quien le dice que para la guerra se necesitan hombres de inteligencia y patriotismo, el antiguo oficial replica:

—¡Patriotismo! ¿Crees, acaso, que un Penagos, que un Machado, que un Alzate, que alguno de éstos que son la guerra misma, están en los campamentos por patriotismo? ¡Ay, señor! Ellos están bajo los toldos porque son gentes templadas a toda agua, y necesitan de esa vida individual, sin ley, de salvaje independencia. [...] monstruos como Penagos, que no aspira sino a abrevarse en sangre humana; con machos como Alzate, hidrópico de hembras, de alcohol y francachelas, y que, sin embargo, son las gentes que la guerra requiere... Un Lezama, obligado [...] a guiar y a reprimir a esa ventrada de tahúres, de violadores y de cacos... Eso te explicará el odio inmenso que todos ellos le profesan [...]. Creí que podría hacer un bien al ejército y a la Patria dando mi opinión franca en la pugna entre los veteranos llenos de cicatrices y de méritos y tu generalito de cartón (Gómez, 1943, pp. 63-64).

El narrador, focalizando en estilo directo, evita valorar o calificar él mismo los bandos involucrados en la guerra. De hecho, él solo es el foco cuando valora o narra la guerra misma como hecho o concepto. Así, al ceder la voz a personajes como Remigio, quien nos cuenta desde adentro el funcionamiento del ejército, permite al lector sacar sus propios juicios sobre los actores de la guerra, posibilitándole conocer cómo la propia cúpula militar del Estado está conformada por criminales natos, y sus méritos como veteranos no son otra cosa que actos sanguinarios⁵. No obstante, el juicio de criminal nato no se limita a esa facción.

Por medio de una acalorada discusión entre los mentados Penagos y Machado, nos enteramos de las bajezas y criminalidad de la insurgente guerrilla (pp. 72-73), y luego de que ellos dos ejecuten en venganza una considerable cantidad de insurgentes prisioneros, también se deshumaniza al enemigo que Lezama combatía limpiamente: “La guerra tomó caracteres espantables.

⁵ Estefan Upegui no considera la evolución de Lezama durante la recuperación de su herida. Así, en vez de reconocer su dignificación ética, lee la declaración de Remigio como genuina y legítimo el rechazo de Penagos y Machado a Lezama; es decir, de algún modo ignora la evidente intención de conspirar contra Lezama y plantea que, incluso cuando general del ejército, es el mismo líder corrupto por el poder, lo que legitimaría las críticas de la sanguinaria y antigua oficialidad del ejército estatal. Por esta lectura no considera luego a Pascual Lezama como un héroe ni un personaje con grandeza dentro de la obra literaria de Efe Gómez (1992, p. 140).

En los campamentos enemigos lleváronse a cabo terribles represalias. ¡Los prisioneros atrás! Era orden que se daba diariamente. Tras los ejércitos, en pavorosa retaguardia, cerníanse perennemente bandadas de negras gallinazas” (p. 75). Si reconocemos la presencia de criminales natos en ambas milicias y si los identificamos como sanguinarios criminales de guerra, solo resta el caso de los criminales fugitivos.

Lezama, acusado injustamente de ser responsable del curso de la guerra, no comparece ante el tribunal para defenderse a causa de la demandante labor de dirigir el ejército. No lo defenderá su suegro, el jefe departamental, pese a que Lezama lo había ayudado anteriormente. El general es entonces destituido y sometido a consejo de guerra:

¡Cómo se debatía el bravo mozo en esa red en que lo tenían cogido! El pobre no sabía que la red en que los hábiles envuelven al hombre franco y generoso, no se rompe. Para romperla habría necesitado verla, y para verla le precisaba un imposible moral: ser él también canalla (p. 76).

A partir de ese momento, como el padre encarcelado del minero, Lezama es un criminal fugitivo del aparato estatal. Para huir de sí mismo y de su desesperación, deambula hasta que encuentra sin proponérselo a sus dos pelotones más bravíos, y se lanza con ellos a una batalla prácticamente perdida, y en un acto apoteósico de grandeza se cubre con la bandera rasgada de la patria mientras irrumpe en el campo de batalla:

Allá van irresistibles y penetrando como una cuña por entre las masas enemigas. Pisan ya el corazón mismo del opuesto campamento; ve Lezama pasar ante sus ojos como relámpagos blancos los techos de los toldos enemigos; siente un golpe terrible, se detiene, vacila, cae de espaldas, y por sus facciones se difunde la paz sublime de la muerte (p. 80).

“Un padre de la Patria” tiene por referente temporal la inscripción hecha en la urna mortuoria de Pascual Lezama: “(1870-1902)” (p. 80). Con solo treinta y dos años, el general del Estado colombiano muere al término de la Guerra de los Mil Días. Finaliza esta, y el cuento, con la descripción del paisaje de la patria y con el anuncio por parte del arribista jefe departamental de su candidatura presidencial. El paisaje, ahora ponzoñoso, pestilente y mortífero, contrasta con el idílico paisaje pintado al inicio de “18 de Octubre”. La implicación es clara. Pascual Lezama no es un *padre* de la patria, sino don Manuel J. de Esparragosa, Jefe Civil y Militar, junto con criminales natos como Penagos y Machado, los héroes de la revuelta.

Refuerza esta lectura un fragmento del citado cuento “En las minas”, donde el narrador se refiere a los mercantes de prenderías: “Un detalle triste: a muchos de esos zánganos usureros he visto después convertidos en padres de la Patria: en cambio, de los luchadores denodados contra el obstáculo, no ha flotado ninguno” (p. 138). La condición de criminal nato es, entonces, juicio ético, y la de padre de la patria, institucional: no solo llegan a serlo los sanguinarios y despiadados militares, sino también los civiles corruptos.

Peralonso: Rafael Uribe Uribe o un padre de la patria

La dedicatoria “al Gral. Rafael Uribe Uribe” en “Un padre de la Patria” llama la atención, pues el general fue cabecilla de la insurgencia, y el cuento narra parte de la guerra civil desde la perspectiva de la estatalidad que la afrontó a partir de la revisada figura del general Lezama. “Peralonso”, protagonizado por Uribe Uribe, presenta la perspectiva de la insurgencia liberal. En “18 de Octubre” y “Un padre de la Patria” el narrador solo reflexionaba y valoraba la guerra como acontecimiento recurrente y perjudicial para la patria, mientras se limitaba a presentar los hechos y participaciones del modo más imparcial y objetivo posible, dejando a los distintos personajes los juicios y valoraciones explícitos sobre los actores de la guerra. En “Peralonso”, en cambio, el texto adquiere los rasgos de un guion teatral, donde el narrador se limita a anunciar las entradas y salidas de los personajes. Para caracterizar a Uribe Uribe, e incluso al referirse a la guerra misma, el narrador solo nos dice que el general

toma luego asiento sobre unos sacos de cartuchos y, la mejilla sobre el puño diestro crispado, en la actitud de una de las estatuas que guardan la tumba de los Médicis... medita largo y hondo. Se ve que sobre él como sobre cariátide que soportara poderosa fábrica, gravita en esos instantes todo el peso del *desastre* de las armas revolucionarias (p. 89. La cursiva es añadida).

No es un juicio subjetivo del narrador: como general del ejército, Uribe Uribe soporta todo el peso del desastre, representado en un casi vencido ejército insurgente conformado por voluntarios inexpertos, a diferencia de uno suficientemente temible o en relativa igualdad de condiciones. Los personajes, incluido el general Uribe, son conscientes de que están a punto de fracasar estruendosamente, y actúan en consecuencia. En tal sentido, es de notar el caso histórico del general conservador Próspero Pinzón, quien “sin que se derramara una sola gota de sangre, logró la capitulación de un ejército liberal compuesto por más de 3.000 hombres” (Jaramillo, 1989, p. 66). Esta

capitulación será el fantasma que rondará al general Uribe Uribe en “Peralonso”, como nos informa uno de sus oficiales:

Si el enemigo con sus diez mil hombres bien armados, nos ataca, está seguro de arrollarnos. Pero el enemigo no nos atacará. Está seguro, sabe que con el solo hecho de permanecer en Cúcuta, nuestro ejército se irá dispersando, se irá disolviendo, como un pedazo de cera puesta al fuego (Gómez, 1943, p. 88).

Por lo demás, el narrador no valora ningún personaje y su proceder. De hecho, el único que emite juicios de valor es el personaje de Rafael Uribe Uribe, al decir que el general Benjamín Herrera “es un valiente que ama el peligro como un amoroso a su novia” (p. 90), valoración que es opacada por las reflexiones de los otros dos cuentos en las que el amor por el peligro es una característica insensata, y que será reemplazada, en el caso de Lezama, por la sensatez de la tranquilidad hogareña (p. 55). El tono directo y ágil de la obra es acompañado de referencias clásicas, como las arquitectónicas ya citadas, y algunas de tono épico, también en voz de Uribe Uribe, usadas para justificar su ilógica provocación al enemigo y su determinación de ofensiva:

En la guerra hay siempre algo ilógico. Hay que dar siempre en ella cabida a la locura, al heroísmo. Las Queseras fueron ilógicas. Boyacá fue ilógica, temeraria. La marcha de Bolívar al través de ese reducto del realismo que se llama Pasto [...] fue una serie de locuras ilógicas, dignas de los escasos inmortales que habitan el manicomio de la gloria (p. 90).

Invoca asimismo las palabras de Julio César al desafiar a Roma: “La suerte está echada. Afortunadamente la Fortuna es una hembra y como tal suele conceder sus favores a los que *más* audazmente la cortejan” (p. 91). Ilógico y temerario a la vez que bastante culto, es presentado el general Uribe Uribe, y su proeza en Peralonso será narrada sin ser interrumpida en ningún momento por el narrador para cuestionar o enaltecer este mérito. De un modo poco épico y aún simplón para la magnitud del suceso, concluye el narrador: “La noche pone fin a la pelea y protege la derrota de los ejércitos del gobierno” (p. 96). Aunque en el plano histórico hubo denuncias de que el gobierno procuró alargar la guerra, “llegándose por este camino hasta exhibir un telegrama por medio del cual este impartía la orden de retirada al ejército conservador durante la batalla de Peralonso, lo que daba al liberalismo una victoria que la lógica militar no podía concederle” (Jaramillo, 1989, p. 75), dejando en cuestión el mérito del general, la dramatización misma de esta pieza teatral junto con tales diálogos serían suficientes para glorificar el triunfo y el carácter resolutivo del general.

En efecto, la unidad temática y conceptual referente a la guerra en los tres escritos exige una interpretación distinta del silencio del narrador para criticar o elogiar el triunfo y sus gestores. Enmarcado en las reflexiones acerca de la guerra y en la perspectiva de la capitulación liberal que opaca el mérito mismo de la Batalla de “Peralonso”, tal silencio es un implícito cuestionamiento al manicomio de la gloria que conllevó la guerra y sus horrores, y que en la distancia parece preguntarnos: ¿fue realmente necesario?, ¿conseguimos algo? Firmado el tratado de Neerlandia, el general Uribe Uribe depone sus armas y se dedica en los doce años siguientes, hasta su asesinato, a construir su proyecto de Estado con la pluma, “convencido de que el proceso democrático no podía ser estorbado con aventuras guerreristas” (Zea, 2004). Embebidos en el registro histórico, el cuestionamiento no solo se dirige a Uribe Uribe; también a la guerra y al absurdo contexto político colombiano.

Bajo el cuestionamiento a los valientes que aman el peligro, cae también la temeridad del general Lezama, cuyo protagonismo en “Un padre de la Patria”, junto a la dedicatoria al general Uribe Uribe, proponen un paralelo en el que se reconoce la dignidad moral y ética de ambos personajes, y la necesidad de que haya más como ellos, en oposición a los criminales natos, al igual que plantea una fraterna relación de igualdad, más allá de la militancia en opuestos partidos políticos.

Pese al poco tiempo transcurrido entre el fin de la Guerra de los Mil Días y la escritura del primer cuento, el universo literario de Efe Gómez es tremendamente consistente al arrojar una mirada crítica sobre los acontecimientos de la guerra civil, de modo que efectivamente puede hablarse de una unidad entre los cuentos, unidad que trasciende la temática y telón de fondo, para alcanzar cohesión en un tratamiento conceptual que encuentra la razón del estancamiento colombiano en el permanente estado de guerra civil y en el carácter ideológico bipartidista y autoritario que caracteriza gran parte de la política nacional.

Bibliografía

1. Aínsa, F. (2003). *Reescribir el pasado*. Mérida: CELARG.
2. Estefan Upegui, M. F. (1992). *Efe Gómez: entre la incertidumbre y el fracaso*. Ibagué: El Boga magazine.
3. Gómez, E. (1943). *Almas rudas*. Medellín: Bedout.
4. Gómez, C. (1991). Efe Gómez. En: *Lo mejor de Efe Gómez* (pp. 9-45). Medellín: Ediciones Autores Antioqueños.

5. Gómez, C. (1997). Cronología. En: *En las minas* (pp. 213-220). Medellín: Universidad Nacional de Colombia.
6. Henderson, J. (2006). *La modernización en Colombia: los años de Laureano Gómez, 1889 – 1965*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
7. Jaramillo Castillo, C. E. (1989). Antecedentes generales de la guerra de los Mil Días. En: Á. Tirado Mejía (Ed.). *Nueva Historia de Colombia. I Historia política 1886-1946* (pp. 65-88). Bogotá: Planeta.
8. Jaramillo Castillo, C. E. (1989b). La guerra de los Mil Días, 1899-1902. En: Á. Tirado Mejía (Ed.). *Nueva Historia de Colombia. I Historia política 1886-1946* (pp. 89 – 112). Bogotá: Planeta.
9. Naranjo, N. (2006). Estudio sobre los primeros escritos y poesía completa de don Efe Gómez. En: *Cuaderno de materia prima (1890) Book in order to write my nonsenses* (pp. 105-186). Medellín: Fondo Editorial Universidad Eafit.
10. Naranjo, N. (2011). Prólogo. Cronología biográfica. *Palabra viva* 18, pp. 7-34; 157-166.
11. Zea, L. (2004). Los últimos momentos de Uribe Uribe. *Revista Credencial Historia* 179. Recuperado de: www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/noviembre2004/uribe.htm